

Recibale usted, señor. No por vanos escrúpulos deje usted de hacer una obra buena. Oiga usted solo lo que le dicta su corazón compasivo, y no serán inútiles mis lágrimas, mis ruegos... Sí; de rodillas se lo suplico á usted. (*Se arrodilla sin poderlo impedir don Agustín.*)

Agust. ¿Qué haces? Levanta... (Me enternece.)

Nic. ¡Me degüella!

Isab. No dejaré de abrazar estas rodillas hasta que usted me prometa abrir sus brazos al huérfano. — Yo también lo soy; ¿y no he de rogar por mis semejantes? Mire usted que si me dice que no me voy á enfadar y le llamaré despiadado y egoísta.

Agust. ¡No más! Levanta... (Esta chiquilla hará de mí lo que quiera.) Recogeremos al párvulo.

Isab. (*Levantándose.*) ¡Ah! Dios le bendiga á usted.

Nic. Pero ¡señor! ¿es posible...?

Agust. Sí, que para resistir á clamores tan elocuentes es preciso tener el alma de risco... ó ser ama de gobierno.

Nic. ¡Hum!...

Agust. Sí, señora; le abrigaré en mi seno, le meceré en la cuna, le sacaré de pila...

Nic. ¡Hin!...

Agust. Y si es menester le mudaré los pañales y le daré papilla.

Nic. ¡Brrr!...

Isab. Pues vamos corriendo, por Dios, que si tardamos podrá morirse...

Agust. Sí, sí... ¡Cargar yo con esa pampa!; Voto á bríos!... Pero ¿qué remedio...?

Isab. ¡Señor!...

Agust. Vamos, vamos.

ESCENA XXI.

NICANORA.

Esto es hecho. ¡Ya le ha embaucado esa hipócrita! Se le caerá la baba con el pelo advenedizo; será capaz de prohijarle el muy sandio... y entre las lagoterías de la huérfana, y los pinitos del huérfano... Pero, señor, ¡esto se ha convertido en un hospicio! — Y para colmo de desdichas vendrá una ama de cría zaña, pedigüeña, enredadora... ¡Oh qué horror! Quisiera no haber nacido.

Quisiera que esta cara no fuese mía... para cruzármela á bofetones. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN.

¡Sobre que no puedo olvidarme del canasto! ¡Vaya que es pejiquera!... El chico es como una plata, eso sí; pero me pone en un compromiso de mil diablos. De pensar en ello apenas he podido pegar los ojos en toda la noche. Ahora van á creer que yo soy su padre, y que he urdido una farsa para cubrir el expediente. De cualquier modo, tendré que hacer con él oficios de padre, y héme aquí con todas las incumbeacias é incomodidades de la paternidad, sin gozar de sus placeres. — No porque yo piense adoptar á ese mamón llovido del cielo; pero siempre es una carga... ¿Quién sabe si alguna desgracia pone á sus padres en la triste necesidad de ocultarse...? Los buenos pañales que envolvían á la criatura manifiestan que la indigencia no ha sido causa de su abandono. Algun día tal vez...

ESCENA II.

DON AGUSTIN, ISABEL.

Isab. (*A la puerta del foro.*) ¿Da usted permiso?

Agust. Sí, querida. Tú siempre lo tienes.

Isab. ¡Vengo tan contenta...! Ya tenemos nodriza.

Agust. ¿Sí? Vaya; sea en hora buena.

Isab. Una mocetona como un castillo, sana, robusta, de buena pasta...

Agust. ¡Me va á comer un lado!

Isab. Ahora está dando de mamar á nuestro ahijado y le muestra tanto cariño como si le hubiera parido.

Agust. ¿Oyes?... Todo podría ser. La in-

dustria de la maternidad ha progresado mucho en todos sus ramos.

Isab. No, señor. ¡Si la nodriza es casada y todos la conocemos en casa! Destetará á su niño, que ya tiene catorce meses.

Agust. Volvámosla, pues, su crédito.

Isab. En el canasto había abundante envoltura para mudarle.

Agust. Vamos...; pleito por menos.

Isab. Por cierto que ahora al desocupar el canasto he hallado en el fondo esta carta.

Agust. (*Tomándola.*) Veamos... Esto puede que nos dé alguna luz. — El sobre es para mí. — Pronto me he hecho yo popular en esta tierra.

Isab. Su nombre de usted... Sus riquezas... Si fuera usted un cualquiera, nadie hubiera hecho alto...

Agust. (*Después de abrir el pliego.*) Leamos. — « Se suplica al señor don Agustín que conserve el papel adjunto, mitad del que guarda la madre de este niño, y con el cual se dará algún día á reconocer. » — ¡Esto pica en historia! — Aquí está el papelito, cortado irregularmente para que solo pueda casar con el pedazo que le corresponde, y dice así: — « Este niño se llama José... Está bautizado en la villa de... » — Bien; no es malo que nos ahorremos el bateo. — « Y sus padres se llaman don... y doña... » Puntos suspensivos. — ¡Hemos adelantado bastante! Ni el mismo Edipo acertaría esta quisicosa. (*Guarda los papeles.*)

Isab. Yo compadezco á esa madre, que es mucho tormento haber de renunciar á las caricias de un hijo; aunque á decir verdad, mal ha hecho en apartarle de su regazo.

Agust. ¿Qué sabemos?... Acaso no estará casada, y porque no ande su honor en las lenguas del vulgo...

Isab. ¡Buen modo de entender el honor! ¡Hubiera mirado antes por él y hoy no tendría que temer las hablillas de las gentes!

Agust. Habrá pagado como otras su tributo á la inexperiencia, á la fragilidad de su sexo. Víctima tal vez de algún infame seductor...

Isab. ¿Y qué culpa tiene el inocente niño de que ella fuese seducida? ¡El qué dirán!... ¡El honor!... Ahora con ser mala madre se deshonra dos veces.

Agust. ¡Oh, Isabel!... Eres... (Ya vuelve á peligrar mi independencia.) Tienes muy buenos sentimientos, Isabelita. Tu serás un día tierna esposa y excelente madre.

Isab. ¡Calle usted, señor! ¿Quién piensa en eso?

Agust. Nada tendría de particular; ni tú serías culpable si alguna vez te asaltasen las ideas que á otras de tu edad causan tantos desvelos.

Isab. ¡Oh! le aseguro á usted que ningún deseo, ningún cuidado turba la quietud de mi sueño.

Agust. Sin embargo, yo tendré mucha satisfacción en verte honrada y decentemente establecida. Deseo muy de veras que seas feliz, y no omitiré diligencia para conseguirlo.

Isab. ¡Ah, señor! ¡No lo soy bastante con los favores que usted me prodiga!

Agust. Con tus bellas dotes naturales, y la que yo te daré, no dejaré de presentarse á solicitar tu mano algún joven mas digno de tí que ese hotentote de Jesualdo.

Isab. ¡Válgame Dios! Me hace usted saltar las lágrimas con tanta... Yo no tengo prisa de casarme; yo no ambiciono otro estado... Al contrario; la sola idea de separarme de mi buen amo me entristece. Mas ya que le tengo á usted en lugar de padre, debo ser dócil á sus consejos y respetar sus preceptos. Si algún día tiene usted á bien disponer de mi mano, yo se la daré á quien usted me mande.

Agust. Bien: no te arrepentirás... ¡Diantre de chica!... Se me va entrando en el corazón como Pedro por su casa.)

Isab. ¿Tiene usted algo que mandarme?

Agust. Quisiera que... No; no quiero nada.

Isab. Pues con licencia de usted me retiro. (*Vase por la izquierda del foro al llegar por la derecha del mismo Nicanora.*)

Agust. Anda bendita de Dios. ¡Ay!...

ESCENA III.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (¿No digo? Siempre juntos. ¡Qué inmoralidad! ¡Qué escándalo!) Señor, ahí está un militar que desea hablar con usted.

Agust. Digale usted que éntre y déjenos solos.

Nic. (*Desde el foro.*) Pase usted adelante.

ESCENA IV.

DON AGUSTIN, DON JUAN.

Juan. (Desciñéndose un capote militar y descubriendo el uniforme é insignias de capitán de caballería.) Beso á usted la mano.

Agust. Beso á usted la suya, caballero. Ruego á usted que tome asiento.

Juan. No; bien estoy. Estimo el favor de usted.

Agust. Si tiene usted algo que mandarme...

Juan. Sin saber quién la habita, me encaminaba á ésta casa; y cuando un mozo, ahí cerca, me ha dicho que vive en ella el señor don Agustín de Cevallos...

Agust. Muy servidor de usted.

Juan. Muy señor mío. — Con tan buena noticia, no he vacilado en entrar; pues siendo usted hermano de mi señora doña Dolores Cevallos de Aguilera, á quien tuve la honra de tratar, no puede usted menos de tener nobles sentimientos...

Agust. Gracias por la buena opinión... (Este viene á pedirme dinero.) Hable usted sin reparo...

Juan. En una palabra, señor don Agustín, yo soy un desgraciado...

Agust. ¿Qué he dicho yo?

Juan. Un proscrito...

Agust. ¡Diablo!

Juan. Que viene á implorar la protección de usted.

Agust. ¡Otra misa sale!

Juan. Cuando el grito de *Las Cabezas*... Ya sabe usted.

Agust. Cabezas... Grito... ¿Qué dice este hombre?

Juan. Hablo del grito de libertad dado por las tropas del ejército expedicionario en el pueblo de...

Agust. Sí, sí; de *Las Cabezas* de San Juan. Perdónese usted. La mía está un poco... ¡Dios nos asista!

Juan. Yo pertenezco á la columna de *Riego*...

Agust. Sí; ya infiero...

Juan. Ya bastante disminuida por la activa persecución de las tropas realistas, muy superiores en número, fué pocos días ha derrotada y dispersa en el ataque de Morón. El caudillo *Riego* busca un refugio en Portugal con pocos de sus más fieles oficiales. Yo soy uno de ellos, pero un bala me mató el caballo ayer tarde; resen-

tido todavía del que recibí en este muslo al principio de la campaña, no puedo ya caminar, y caeré en manos de mis enemigos si usted no me da un asilo...

Agust. ¡Friolera! Peor es esto que pedirle dinero.)

Juan. ¡Malo! ¡Me va á negar la hospitalidad!

Agust. (Pero ¿he de tener corazón para...? No; ¡pecho al agua!) Señor mío, yo no soy hombre que me ocupo en cuestiones políticas; pero no pregunto las suyas al que se acoge al sagrado de mi casa. Venga esa mano. (Se la toma.) Es usted mi huésped.

Juan. ¡Ah! Pagaría con mi sangre el beneficio...

Agust. ¡Chit!... Mas bajo y no perdamos tiempo. Mientras no mude usted de traje hay riesgo...

Juan. Es verdad.

Agust. Deje usted... (A la puerta del foro.) ¡Isabel! (No aventuro nada en confiarla el secreto.)

ESCENA V.

DON AGUSTIN, DON JUAN, ISABEL.

Agust. Ven, Isabel. Voy á darte una prueba de la confianza que me mereces. El señor es un caballero perseguido por liberal.

Isab. ¿Y qué mal hay en eso? Todo caballero está obligado á ser liberal. Usted también lo es...

Agust. Cierto. (A don Juan.) La inocente no da más que un sentido á esta palabra. (A Isabel.) Escucha: es necesario que esté oculto en casa y que nadie lo sepa.

Isab. Por mi parte guardaré el más inviolable secreto, que aunque mujer y moza sé callar cuando conviene; pero si otros le han visto en casa...

Juan. Solamente la mujer que me ha conducido hasta aquí.

Agust. Doña Nicanora.

Juan. Pero como yo venía tapado hasta los ojos con el cuello del capote, no creo que me reconozca si otro vestido...

Isab. Yo puedo proporcionárselo á usted. Conservo todavía la ropa de mi pobre padre.

Juan. Esta niña es una alhaja.

Agust. ¡No lo sabe usted bien!

Isab. ¿Saben ustedes lo que podemos hacer? Se abrocha usted otra vez el capote;

vuelve á salir por la puerta principal como si tal cosa; entre tanto corro yo al jardín, abro la verja y le introduzco por allí; después le llevo la ropa...

Agust. Sí, sí; pero no perdamos un momento.

Isab. Dice usted después que ha recibido un jardinero, y con achaque de...

Agust. Sí; ¡anda! (Don Juan se abrocha el capote.)

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, DON JUAN.

Juan. Mi eterna gratitud...

Agust. Ahora no es del caso... Vaya usted... Siguiendo la tapia á mano derecha, vuelve usted la esquina... ¡Silencio!

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON JUAN, NICANORA.

Nic. Traía el chocolate... (Trae la jicara y demás en una bandeja que pone sobre el velador.)

Agust. Bien. Si es usted servido...

Juan. Muchas gracias. Si usted me da su licencia...

Agust. Repito que siento mucho no poder vender á usted ningún caballo. Ayer me requisaron el único que tenía.

Juan. ¿Cómo ha de ser! Lo buscaré en otra parte. A la orden de usted.

Agust. Beso á usted la mano.

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

(Don Agustín se sienta y toma el chocolate.)

Nic. ¿No sabe usted que esta noche pasada hemos tenido muy cerca de casa trifulca y tiroteo?

Agust. ¿Cómo! (Disimulemos.)

Nic. Dicen que han pasado por estas inmediaciones fugitivos y en derrota algunos negros.

Agust. ¡Negros! ¿Estamos en España ó en Guinea?

Nic. Así los llaman porque son unos desalmados sin Dios ni ley.

Agust. Ya.

Nic. Liberales por otro nombre.

Agust. Bien; ¿qué nos importa á nosotros...? (Yo tiemblo.)

Nic. Cuidado no sea alguno de ellos ese militar...

Agust. Todo lo contrario. ¡Si está destinado á perseguirlos! — Por eso quería comprarme el caballo...

Nic. No le he visto la cara...

Agust. ¡Respiro!

Nic. Que si se la hubiera visto... A mí no me se despinta ningún negro... por blanco que sea. Los conozco á la legua.

Agust. (Mudemos de conversacion.) ¿Dónde vive doña Amparo, la señora que vino ayer...?

Nic. A dos pasos de la quinta.

Agust. Tengo que pagarle la visita, y antes que caliente mucho el sol... (Se levanta.)

Nic. (Llamándole al balcon.) Mire usted; desde aquí se ve su casa. ¿Ve usted aquella alameda y al fin una casita blanca con persianas verdes?

Agust. Sí, ya la veo. Voy á ponerme una levita... Hasta después.

ESCENA IX.

NICANORA.

(Sin apartarse del balcon.)

Allí está junto á la fuente del Sáuce ese condenado de Jesualdo. No pierde la que-rencia... Por fortuna, no le ha visto el amo; pero si le encuentra al salir... Le haré señas para que se retire. (Las hace.) Vamos, me ha comprendido. Se aleja... ¿Qué veo! ¡Soldados!... Y por lo visto se dirigen aquí... No hay duda. ¡Ay, Virgen de las Nieves! ¿Si serán negros? (Llamando.) ¡Don Agustín! ¡Don Agustín!

ESCENA X.

NICANORA, DON AGUSTIN.

Agust. (Ya vestido para salir.) ¿Qué tenemos? ¿Por qué grita usted?

Nic. Asómese usted.

Agust. (Asomándose al balcon.) ¡Soldados! (No ganamos para sustos.)

Nic. Han hecho alto á la puerta de la quinta.

Agust. (¿Sabrán acaso...? Algun soplo...)

Bien; vaya usted á ver lo que quieren...

Nic. Ya están aquí.

ESCENA XI.

DON AGUSTIN, NICANORA, EL SARGENTO.

Sarg. Patroncita, á la obediencia. — Dios guarde á usted, patron.

Nic. (¡Patroncita!... Es amable este sargento.) Con salud venga usted.

Agust. ¿En qué puedo servir...?

Sarg. Pues, señor, aquí vengo de facción y en acto del real servicio del rey nuestro señor.

Agust. Sea en buen hora.

Sarg. Mi consigna y la de mi partida es recorrer esta comarca en persecucion de los de Riego.

Agust. (¡Oh Dios!...)

Sarg. Y en uso de mi comodancia y de mi pasaporte, tengo á bien establecer por hoy en esta casa mi cuartel general.

Agust. (¡Soy perdido!) Está bien; que suba la tropa y se acomodará... (Al menos, los alejaré del jardín.)

Sarg. Corriente y no hay mas que hablar. (Desde el foro.) ¡Arriba, muchachos!

Agust. (A Nicanora.) Cuide usted de que nada les falte.

Sarg. ¿Lo oye usted, salero? Que nada nos falte. ¡Vivan los patrones campechanos! Así me gustan á mí, y no esos piratas que en cuanto ven á un alojado le ponen una cuarta de jeta y le niegan hasta la sal y la vinagre que reza la ordenanza. (Van entrando soldados hasta reunirse diez y un cabo.)

Agust. (Yo estoy en brasas...)

Sarg. Y luego dirán que el soldado merodea y que no deja gallina á vida y que si verdes las han segado. ¿Quieren que Juan Soldado no tuerza el pescuezo á las gallinas? Pues dénselas asadas ó en pepitoria, y Cristo con todos. ¿Verdá, patrona del alma? Me parece que me explico.

Nic. Sí, señor.

Sarg. ¡Huy, madre mia! Mejor que andar á caza de dispersos me dejaría yo cazar por usted.

Nic. Vaya..., no sea usted tan chusco...

Sarg. Si miento, que malos mengues me trajelen.

Agust. Lléveselos usted por allí dentro. Querrán descansar.

Nic. Sigame ustedes.

Sarg. Muchachos, á discrecion. (A don Agustín.) Hasta la vista. (Vase con los soldados por la izquierda del foro siguiendo á Nicanora.)

ESCENA XII.

DON AGUSTIN.

En medio de mis apuros no puedo menos de aplaudir la poca aprension del sargento. ¡Derretirse de esa manera por semejante marmota! ¡Cuidado que en la tropa hay unos estómagos!... Pero no me lo hacen á mí muy bueno los nuevos huéspedes. En otras circunstancias no me importaría mucho..., pero ahora... Y gracias que están por aquí arriba y nos dan tiempo... Voy corriendo á advertir á Isabel... Pero aquí está.

ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, ISABEL.

Agust. ¿Qué traes?

Isab. (Con una cesta en la mano.) Pan, vino y queso para la tropa. La vi venir...

Agust. ¿Y el capitán?

Isab. No tema usted. Ya está en salvo.

Agust. ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

Isab. Acababa de disfrazarse cuando corrí á darle aviso, y le escamoté por la verja.

Agust. ¡Bien!

Isab. Ahora, para mayor disimulo y para entretener á esa gente mientras el pobre capitán se aleja, les traigo de refrescar.

Agust. Sí, sí... Corre... ¡Bendita! Nunca podré olvidar lo que te debo.

ESCENA XIV.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA.

Nic. Ya los he acomodado lo mejor que he podido. ¿Le parece á usted que les demos ahora un refrigerio...?

Agust. Ya se lo lleva Isabel.

Nic. ¡Ah!...

Isab. Sí tal; los pobres vendrán hambrientos... Voy volando.

ESCENA XV.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (¡Pues! ¡Quería yo obsequiar al sargento y me ha ganado por la mano! ¡Cuando digo yo que es mi ángel malo esa mocosa!...)

Agust. (Bueno es tenerlos contentos por si acaso...) Oiga usted, doña Nicanora; sin perjuicio de esa ligera refaccion, quiero que haga usted preparar para los soldados rancho bueno y abundante.

Nic. Pierda usted cuidado.

Agust. No precisamente de gallinas, porque sería forzoso dejar despoblado el corral..., pero cosa de sustancia...

Nic. Deje usted, que á mi cargo queda... Sacarán, como suele decirse, la tripa de mal año.

ESCENA XVI.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL, EL SARGENTO.

(Isabel llega corriendo perseguida por el sargento y se refugia en los brazos de don Agustín.)

Isab. ¡Señor!

Agust. ¿Qué es esto?

Sarg. Ven aquí, primor, que no te comeré.

Isab. Ese hombre me persigue...

Agust. ¡Sargento!...

Sarg. No hay que hacer aspamientos. Todo ello es que la he querido abrazar; y no vale la pena...

Agust. ¡Abrazar! Tenga usted mas respeto á esta casa, ó yo se lo haré tener. Aquí no ha entrado usted por derecho de conquista. (¡Pues solo faltaba que este foragido...!)

Nic. (¡Oiga! El sargento es perrito de todas bodas.)

Sarg. Vaya, patron, no sea usted tan súpito. Hágase usted cargo de que cada uno tiene su alma en su cuerpo, y cada

quisque su modo y manera de exprimir sus afeitos. Figurese usted que esa lindísima chabala se nos presenta con virtuales, y yo, que soy agradecido como un perdiguero y dulce como la arropía... ¡Pues! Me pareció que era de ordenanza darle las gracias...

Agust. Bastaba con habérselas dado de palabra.

Nic. Sí, señor; bastaba y sobraba.

Sarg. Con todo y con eso, me parecía á mí que á mayor abundamiento no pegaba mal un poco de pantomina.

Agust. ¡Vive Dios!... Si usted no se modera...

Sarg. ¡Cachaza! Esto ha sido un somaten..., así..., de patriotismo, pero otra vez yo tendré á raya las... las infusiones de mi agradecimiento.

Agust. Bien está. Allí tiene usted su habitacion...

Sarg. (¡Ay, ojos retrecheros!... Al mirarla siento en el sentido una... escaramuza...)

Nic. Señor sargento, esta es una casa de honor, y no es razon que usted se propase...

Sarg. ¿Tambien usted me regaña, comadre!

Nic. ¡Después que se les da tan buena acogida, inquietar á las mozas...!

Sarg. Diga usted..., abuela...

Nic. ¿Cómo..., insolente!...

Sarg. ¿Eso es envidia, ó caridad?

Nic. ¿Yo envidia? ¡Qué insulto!

Agust. ¡Eh! Ya basta... (Dentro ruido y voces confusas.)

Isab. (¡Ay Dios!...)

Agust. ¿Quién sube...?

Sarg. ¿Qué zaragata...?

ESCENA XVII.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA, EL SARGENTO, JESUALDO, EL ALCALDE, CUATRO ESCOPETEROS, LOS SOLDADOS.

Jes. ¡Aquí está!

Alc. ¡Favor al rey!

Agust. ¿Cómo...? ¿Quién es usted...?

Sarg. (Acercándose al foro.) ¡Soldados, á las armas!

Alc. Nadie se mueva. Soy el alcalde. Esta vara representa aquí al altar y al trono.

Agust. Yo la respeto; pero... en mi casa... ¿Qué motivo...? (Llegan los soldados y el

sargento los hace formar y armar bayoneta.)

Alc. ¿Es usted don Agustin Cevallos?

Agust. Servidor de usted.

Alc. En nombre del rey, dése usted preso.

Agust. ¡Yo!... (¡Le han descubierto!)

Isab. (¡Nos han vendido!)

Agust. ¿Qué crimen he cometido yo para...?

Alc. Es usted reo de lesa majestad.

Isab. (¡Virgen santa!)

Agust. ¿Por qué?

Alc. Por encubridor; y por consiguiente, cómplice y consorte de facciosos y conspiradores.

Nic. (¡Qué oigo!)

Sarg. ¿Esas tenemos? (Ahora me las pagará.)

Agust. ¿Quién es el impostor que se atreve á acusarme...?

Jes. Yo.

Agust. ¡Jesualdo!

Isab. ¡Infame!

Nic. (En voz baja.) ¿Qué has hecho?

Jes. (Lo mismo.) Déjeme usted... Dios castiga sin palo.

Agust. Villano, ¿dónde están las pruebas del delito que me imputas?

Jes. En esta casa ha entrado un militar sospechoso. A mí mismo me preguntó quién vivía en ella. Y luego salió el propio sujeto por la puerta falsa, vestido de labrador y corriendo como alma que lleva el diablo; pero como venía de cara á mí, al instante me calé que era el de marras. ¡Oh! yo le había tomado bien la filiación. ¿Y qué hago entonces? Corro al pueblo, que está á tiro de fusil, doy parte al señor alcalde..., y aquí estamos porque hemos venido.

Isab. ¡Oh vileza! No le crea usted...

Alc. ¡Silencio, doncella! Usted hablará cuando sea interrogada.

Agust. Señor alcalde...

Alc. ¡Silencio! (A los escopeteros.) Genízaros de la aldea, registrad bien toda la casa por si se encuentra en ella oculto algun otro reo, ó cosa equivalente. (De los cuatro escopeteros uno entra en la habitación de la derecha, otro en la de la izquierda, y los otros dos vanse por el foro en dirección opuesta.)

Agust. Permitame usted decirle que la vil delación de ese mozo no es suficiente prueba...

Jes. Sí, señor. Cuando yo digo una cosa firma el rey.

Alc. Ya he dicho que nadie me chiste. Se

procederá á lo que haya lugar en derecho. —Sargento, reclamo el auxilio de la fuerza armada.

Sarg. Estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

Alc. Vaya el cabo con la mitad de la tropa en persecucion del fugitivo, y usted quede aquí con el resto para custodiar á don Agustin.

Sarg. Corriente. — A la cabeza, cabo de escuadra. — Uno, dos, tres, cuatro, cinco. — ¡Al hombro, aur! — Flanco derecho, hileras á la izquierda, ¡marchen! (Vanse el cabo y cinco soldados.)

Isab. (En voz baja á don Agustin.) No le han cogido. Aun hay esperanza... (Vuelven sucesivamente los escopeteros.)

Esc. 1º. Nada.

Nic. (Bien malicié yo que era un negro...)

Esc. 2º. No hay nadie.

Isab. (Al alcalde.) ¿Quién ha de haber...? Mi amo está inocente...

Esc. 3º. No hay nada.

Alc. Sin embargo, mientras no pruebe su inocencia...

Agust. Yo creo que, antes de proceder contra mí, la justicia es la que debe probar mi culpa

Alc. ¿Oyen ustedes? ¡Máxima impía y revolucionaria!

Agust. Perdone usted. Yo... (Vuelve el escopetero cuarto con el uniforme de don Juan.)

Isab. (¡Ah!... Ya olvidaba...)

Esc. 4º. Señor alcalde, registrando el jardín, he encontrado este uniforme...

Alc. Indicio vehemente, prueba fehaciente, testimonio concluyente. Usted es delincuente juntamente con el insurgente ausente.

Agust. (¡La hemos hecho buena!)

Isab. (¡Qué fatalidad!)

Jes. Esa casaca es la misma que yo vide con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Nic. (El amo está perdido sin remedio y si no me curo en salud me van á complicar en la causa.)

Alc. ¿Qué dice usted ahora?

Agust. Digo que las apariencias pueden estar contra mí, pero que yo...

Nic. Señor alcalde, yo declaró que entro esta mañana un militar de mala traza tapado con un capote...

Jes. Si tal; llevaba, amén de la casaca, un capote de baragan.

Isab. ¿Y quién puede asegurar que sea el mismo...? (¡Perversa mujer!)

Nic. Yo misma le introduje en esta ha-

bitacion; habló en secreto con mi amo; el amo llamó á Isabel; entró Isabel; volvió á salir; salió luego el capitán... ó lo que sea..., y no ha vuelto á parecer.

Agust. ¡Gracias, doña Nicanora!

Isab. ¿Cómo tiene usted valor para acusar al amo que la mantiene?

Nic. Yo no acuso á nadie; digo lo que he visto, y nada mas. El amo podrá haber sido engañado; convengo. Yo no tengo nada que decir contra él. Ayer llegó de Madrid y no puedo saber si es realista, ó liberal, pero antes que todo es mi conciencia.

Agust. Basta. Diré la verdad, aunque por ella vaya al patibulo. Es cierto que aquel desgraciado vino á pedirme un asilo. Yo se lo concedí movido de compasion y muy ajeno de pensar entonces que habrian de deponer contra mí personas que comen de mi pan y que deben á esta casa mil beneficios. Soy victima de un acto de generosidad que el señor alcalde sabrá apreciar en el fondo de su corazon.

Alc. Aquí no hay corazon que valga. Cuando se trata de las prerrogativas del rey, mi corazon es de palo como mi vara.

Agust. Yo soy un hombre pacífico que siempre ha respetado las leyes y ha obedecido á las autoridades constituidas. Soy demasiado independiente para meterme á conspirador. Yo no conocía al fugitivo, mas prefiero ser acusado de cómplice suyo á la infamia de haberle arrojado de mis umbrales cuando me pedía hospitalidad.

Sarg. ¡Ba, ba! ¡Retólicas!

Jes. ¡Liláails!

Alc. ¡Sofisterias! Está usted convicto y confeso.

Sarg. Y aquí no hay tío, pásame usted el rio...

Alc. Irá usted á la cárcel...

Jes. ¡Toma pisto!

Isab. ¡A la cárcel!

Agust. Bien está. Cumpla usted su deber.

Isab. ¡No, no! ¡Preso el mejor, el mas benéfico de los hombres! Si hay aquí algun delito; si lo es el amparar á un desgraciado, yo sola soy la culpada. Préndanme ustedes á mí.

Agust. ¡Isabel!

Sarg. Sí, démela usted presa y yo seré su alcaide. ¡Ay! Ese dulce tormento es mas criminal de lo que usted piensa.

Isab. Mi amo recibió al capitán sin saber quién era; pero él me descubrió después su secreto y yo le dí la ropa con que huyó disfrazado.

Agust. No la oiga usted, señor alcalde. Ella no hizo mas que obedecerme.

Isab. Que diga doña Nicanora si no guardaba yo los vestidos de mi padre...

Nic. Es verdad; y yo tambien me inclino á creer que ella es la mas culpable...

Agust. ¡Vibora infernal!...

Isab. ¿Por qué la riñe usted si dice la verdad? Vamos...

Sarg. Sí; llevémosla prisionera...

Jes. Entréguemela usted á mí y yo seré el corresponsable...

Sarg. (Dándole un empellón.) ¡Quita de ahí, abejorro!

Alc. ¡Callen los dos! Aquí solo manda el alcalde. ¿Qué es esto? ¿Ya quieren milicia y plebe repartirse el botín?

Agust. ¿Tendrá usted entrañas para reducir á prision á una criatura incapaz de delinquir? Por un exceso de gratitud y de cariño, que á algunos debiera hacer morir de vergüenza, quiere salvar mi vida á costa de la suya; pero ni yo ni usted lo podemos consentir. Repito que ella no ha hecho mas que cumplir mis mandatos.

Alc. Lo creo, y yo que, si bien alcaldé de una pobre aldea, estoy graduado de bachiller, no reconozco por materia punible á una doncella y fámula de menor edad, y con unos ojos que harian prevaricar á magistrados menos integros que yo. Para cumplir con los deberes de mi jurisdiccion, bástame por ahora con la captura del jefe de la familia, *pater familias*. Veremos luego lo que resulta de autos y, vistos, se proveerá. Queden aquí, sin embargo, para ulteriores providencias, y por si mando proceder á un escrupuloso secuestro, que si mandaré, los individuos de mi ronda municipal. — ¿Ois, calmuco? Ocupad la planta baja de este edificio campestre para vigilar á los dependientes y comensales del reo y para que nada se sustraiga de sus bienes, efectos y pertenencias, muebles, inmuebles y semovientes. (Vanse los escopeteros.) Usted, sargento, y sus cinco súbditos conducirán al acusado.

Sarg. Con mucho gusto, porque es un mal patron que no permite á los alojados un inocente desahogo. (A los soldados.) ¿A ver? En dos filas. — La segunda; paso atrás! (A don Agustin.) Usted irá en medio, paisano.

Agust. Está muy bien. (¡Qué gloria de independencia!)

Isab. ¡Mi amo entre bayonetas! ¿Y por qué, Dios mio! Por un rasgo de generosidad que antes merecía premio que castigo.

¡Oh! Vuélvase usted su libertad, señor alcalde...

Alc. En vano quieres seducirme, astuta sirena. En vano me fulminas el fuego de tus pupilas. La justicia ordinaria es incombustible.

Isab. Pues bien; préndanme ustedes á mi tambien. Yo no quiero separarme de mi amado protector.

Agust. ¡Isabel!

Nic. ¡Ojalá se la lleven y yo recobraré mi soberanía!

Alc. No ha lugar.

Jes. ¡Vaya que lá ha entrado el don Agustín por el ojo derecho!

Agust. Vamos...

Isab. (Asiéndose de su brazo.) ¡No! Yo no le dejo á usted. (Al alcalde.) ¿Así cumple usted las leyes? Castígueme usted. Soy liberal, soy patriota, soy... ¿Qué sé yo?... Conspiradora, republicana.

Nic. ¡Qué horror!

Agust. (En voz baja.) ¿Has perdido el juicio, hija mía? (Sigue hablando aparte con ella.)

Nic. ¿Lo ha oído usted, señor alcalde? A confesion de parte...

Alc. Esa mocita no sabe lo que se dice ni lo que se pesca. (Nicanora habla aparte con el alcalde.)

Agust. (A Isabel en voz baja.) Tu noble sacrificio te compromete y no me salva. Al contrario, quedando tú libre puedes serme mas útil. La casa queda á merced de gentes sin ley ni conciencia, y si tú no miras por mis intereses... Quédate. ¿Me obligarás á mandártelo?

Isab. ¡Ah! bien está: me quedaré.

Alc. Basta: quedo enterado. (A Isabel.) Con que ¿tú eres tambien enemiga del rey nuestro señor?

Isab. Yo soy enemiga... de los enemigos de mi amo.

Agust. ¿Será posible, señor alcalde...?

Alc. Calle el preso. Yo no necesita asesores. ¡Atencion! Oída la confesion de Isabel...

Jes. Diaz.

Alc. De Isabel Diaz; y habida consideracion á su edad y á su sexo por una parte, y por otra al grave delito de que se ha espontaneado... (1).

Agust. Pero, ¿señor...!

Alc. ¡No hay que interrumpirme!

(1) Por la época á que la fabula se refiere, ó poco después, se inventó el verbo *espontanearse*, ya de uso muy corriente en nuestro foro.

Agust. (¡Que sea tan idiota un bachiller!)

Alc. La declaro incurso en la pena que corresponde; y por tanto la debo condenar y la condeno...

Nic. (¡Albricias!)

Alc. A que se quede donde está.

Nic. ¿Cómo...?

Alc. A las mozas se les debe quebrar el gusto.

Agust. Gracias, señor alcalde. Y yo declaro que en Isabel, y solo en Isabel deposito mi confianza para que gobierne la casa durante mi ausencia. — Déle usted las llaves, doña Nicanora.

Nic. ¡Yo...! A esa... ¡Hum! Yo... ¡Ella...! ¡Señor alcalde!... (Me ahoga el despecho.)

Alc. El señor está en su derecho. Obedezca usted y represente.

Nic. (¡Me despoja!)

Alc. ¡Vamos pronto!

Nic. (¡Me asesina!) Sí, señor... (Pero lo que es en la mano...) (Tirando un llavero que se desprende de la cintura.) Ahí están las llaves.

Agust. (Cogiéndolas y dándolas á Isabel.) Toma; tú eres mas digna de tenerlas que esa tarasca.

Nic. ¡Yo tarasca!...

Alc. ¡Eh! Basta de dimes y diretes, y marchemos.

Sarg. ¡Al cuadro el prisionero!

Agust. (Apretando la mano á Isabel.) ¡Adios!...

Isab. ¡Ah! ¡No vean mis ojos tanta iniquidad! (Vase llorando por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO, EL ALCALDE, EL SARGENTO, SOLDADOS.

Agust. (Entrando entre filas.) Estoy pronto.

Sarg. (El alcalde me la ha jugado de puño, pero como yo vuelva... ¡Las higidillas del alma me dejo aquí!)

Alc. Vamos. Síganme ustedes.

Sarg. ¡Flanco derecho; aur!

Agust. (¡Pobre niña!) (Vanse por la derecha del foro.)

ESCENA XIX.

NICANORA, JESUALDO.

Jes. Cayó en chirona. ¡Qué gusto! He puesto una pica en Flandes.

Nic. ¡Destituida, destronada! ¡Oh furor!

Jes. Sigamos la comitiva. ¡Viva el rey ausoluto!

Nic. ¡Mueran los negros! (Vanse siguiéndolo á los soldados.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

NICANORA, JESUALDO.

Nic. ¡Que hayas de ser tan testarudo y tan baboso! No quiero que vuelvas á mirar á esa muñeca.

Jes. Ayer me mandaba usted que la adorase y hoy que la aborrezca. Cada dia tiene usted un capricho diferente; ¡y luego dirán que los jóvenes somos voluntariosos!

Nic. Han variado las circunstancias, y es preciso mudar de bisiesto.

Jes. Tarde piache, tia Nicanora. Estoy enamorado hasta los tuétanos.

Nic. ¡Encapricharse por una trastuela que me ha suplantado en el gobierno de la quinta y se ha apoderado de mi cetro...! Es decir, de mis llaves... ¿Piensas que podré yo consentir jamás en llamarme su tia política... su suegra, como quien dice?

Jes. ¡Tia! ¡Suegra! Para que usted la aborrezca de muerte ¿es algun ostáculo el parentesco de suegra ó de tia? En fin, cáseme yo con la chica y salga el sol por Antequera.

Nic. Pero ¡borrico! ¿no ves que ella no te puede atravesar? Si antes de haber acusado al amo ya tu ángel y el de Isabel estaban de espaldas, ¿cómo quieres que te ame después de la perrada que has hecho con don Agustín?

Jes. ¡Ande usted que ella entrará por el aro! — ¿Hay mas que sitiaria por hambre,

y si hoy no me quiere de bien á bien mañana me querrá á la trágala?

Nic. ¡Sitiar por hambre á una ama de llaves! Ella es la que puede ponernos á dieta si se le antoja.

Jes. La echa usted de leida y sabihonda, y no sabe de la misa la media. Venga usted acá: ¿no está preso don Agustín por enemigo de Dios y del rey? Dentro de ocho dias, ú antes, le ahorcarán por el pescuezo; esto es de ene. ¡Digo, en buenas manos está el pandero!... Y auto continuo le confiscarán todos sus bienes, y la Isabel se quedará á la santimperie, y entonces... de juro tendrá que pedir aláña.

Nic. Pero dime, pobre pelon, ¿qué le has de dar tú si ella se queda por puertas? ¿Tienes tú otro patrimonio que la noche y el dia?

Jes. ¡Toma! Yo, lo que es de presente y en ley de verdad, no tengo sobre qué caerme muerto; pero cuento con mi tia, de quien soy único heredero, y que me quiere y particula como á las niñas de sus ojos.

Nic. ¡Si; como lo mereces tanto!...

Jes. (Acariciándola.) Vamos, tiita, no se haga usted la hurafia. ¡Si sé yo que usted se pirra por Jesualdo!

Nic. Pero ¡infeliz! ¿no consideras que mi ruina será una consecuencia inmediata y forzosa de la ruina del amo? Si le confiscan los bienes, no será en provecho mio, y si á fuerza de oro consigue la absolucion, su primera diligencia será plantarme de patitas en la calle.

Jes. ¡Sí, valiente cuidado le dará á usted: ¿Querrá usted decirme á mí que tendría que ir á pedir una limosna? ¡A otro perro con ese hueso! Usted ya tiene el riñon bien cubierto...

Nic. Estás engañado. Yo...

Jes. Vaya, á mí no me comulga usted con ruedas de molino. Veinte años de ama de gobierno en una casa como esta... ¡Ahí es un grano de anís!... ¡Digo! Solamente en el entrelado de la muerte de la difunta á la prision del preso, ha podido usted hacer muy bien su agosto. ¡Como que ha campado por su respeto y ni rey ni roque...! ¿Qué apostamos á que no se deja usted guindar por mil doblones?

Nic. ¡Yo mil doblones, picaro, temerario...! (Mil, no; pero de ochocientos no bajan.)

Jes. Sean los que se fueren, usted no se ha de ir con ellos al otro mundo.

Nic. (Mirando á la puerta de la izquierda.) Ya sale Isabel. Vete.